

¿Queremos saber á qué distancia nos encontramos de este fin? La oración nos lo dirá. Cuanto más nos recordemos de la obligación de orar, tanto más la oración se convertirá para nosotros en una necesidad, tanto más se convertirá en nuestra vida, y nuestra vida en oración, tanto más podremos esperar haber realizado nuestra empresa como cristianos.

Pero esto nos da igualmente una clave para responder por modo infalible á la pregunta para saber dónde se encuentra la comunidad de Jesucristo y el reino de Dios sobre la tierra. Encuéntranse allí donde la oración es mejor practicada.

El que sabe orar bien, también sabe vivir bien. ⁽¹⁾

Allí donde existe la verdadera oración, allí se encuentran la verdadera Iglesia, la verdad, la salvación y la vida.

(1) Augustin., *Append. Serm.* 55, 1.

CONFERENCIA XXIV

LA CARIDAD

1. Gran extensión de los mandamientos cristianos.

—En Philippos, el carcelero que, aterrado por el terremoto nocturno, se había arrojado á los pies de Pablo y de Silas, estaba seguramente dispuesto hacer todo lo que le hubieran exigido, dada su turbación. La pregunta que les dirigió: «Señores, ¿qué es lo que debo hacer para ser salvo?», lo prueba suficientemente. Pero, por lo mismo que estaba dispuesto á hacerlo todo, Pablo y Silas sólo le dijeron: «Cree en Jesucristo, y serás salvo.» ⁽¹⁾ Cierta día, propuso un rico la misma cuestión al Salvador; pero la respuesta fué distinta: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos», ⁽²⁾—le fué dicho.—Esto es muy extraño. Dos soluciones diferentes á una sola y misma cuestión. Y el caso es que, cuanto más las examinamos, más diferencias vemos en ellas. El mismo Maestro y Señor es el que, otra vez, responde á la misma cuestión: «El que creyere, y fuere bautizado, será salvo, ⁽³⁾ y no entrará en el reino de Dios, sino aquél que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» ⁽⁴⁾ En otra circunstancia, aprendemos de boca del mismo Maestro: «Si no coméis la carne del hijo del hombre, no tendréis vida en vosotros»; ⁽⁵⁾ y en otra parte dice: «El que no escucha á la Iglesia, es un gentil y un publicano; ⁽⁶⁾ el que desprecia á mis servidores, á mí

(1) Act. Ap., XVI, 30 y sig.

(2) Matth., XIX, 17.

(3) Marc., XVI, 16.

(4) Joan., III, 5.

(5) Joan., VI, 54.

(6) Matth., XVIII, 17.